

Retrato de M

Matei Călinescu

TRADUCCIÓN

Ioana Zlotescu

Málaga, 2012

MIGUEL GÓMEZ EDICIONES



Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual



Obra publicada con el apoyo del Instituto de Cultura Rumano de Bucarest



Título original: *Portretul lui M*

© Adriana Călinescu, 2012
© Poliron, de la edición rumana, 2010
© Ioana Zlotescu, de la traducción, 2012
© Gómez & Navarro, Comunicación, S. L., 2012
Moreno Monroy, 5, 2.ª 29015 Málaga.
TEL./FAX: [34] 952 602 873
mge@miguelgomezediciones.com
www.miguelgomezediciones.com

ISBN: 84-88326-67-6
DEPÓSITO LEGAL: MA-343-2012

Impreso en España
Imprime: Imagraf Impresores
Nabuco, 14. 29006 Málaga

Diseño y maquetación: DSGn.es

Preámbulo del autor

Este es el retrato biográfico de mi hijo que nació el 24 de agosto de 1977 en Bloomington, Indiana, Estados Unidos y falleció, antes de cumplir los veintiséis años, el uno de marzo de 2003, en su ciudad natal, y que escribí en los cuarenta días siguientes a su fallecimiento, los cuarenta días considerados simbólicos. Durante aquellos días no pude hacer nada más que pensar en él; me puse a escribir y a revisar fragmentos de mis antiguos diarios intermitentes, volví a escribirlos otra vez, en pos de la verdad frágil de unos recuerdos que me iban transitando a o largo de todo este tiempo y que, sabía, iban a extraviarse en el inevitable anochecer de la memoria. No he ido contando los días pero ocurrió que, en el cuadragésimo, me sentí en paz con mi dolor, serenado en mi tristeza. En estas páginas está mi recogimiento ante su vida y también ante aquella parte de mi vida durante la cual puse todo mi empeño en comprender el enigma de la suya. No he conseguido comprender el enigma, pero sí he conseguido comprender que él ha sido tal como fue y como continuará siendo para mí, un regalo. ¿Un regalo de Dios? Aunque yo no pueda tener esta certeza su nombre la está susurrando, su nombre que es también el mío, de las profundidades de la etimología bíblica.* Un nombre, se dice, es una señal —*nomen es omen*— pero este *omen* es siempre indescifrable, un pequeño misterio envuelto en un gran misterio, muy grande, infinito.

He escrito este libro para mí, como un ejercicio espiritual, pero tengo la esperanza que pueda ser beneficioso también para otros. Es lo que me ha animado a entregarlo a la imprenta.

* Matei, en rumano; Mateo, en español, procede del hebraico מתי (mattityahu) que significa «regalo de Dios» (N. de la T.).

Nota de la traductora

La presente edición mantiene el título original de la edición rumana de 2003 *El retrato de M (Portretul lui M)* pero refleja los cambios realizados por el autor en la edición inglesa del libro titulada *Matthew's Enigma* (2009), cambios que consisten en algunas supresiones y en la modificación del orden de los capítulos, con vistas a que la cronología de los hechos de esta historia de M quedase más clara.

Esta edición recoge también el *Postscriptum* del autor, tal como se publicó en la edición rumana de *Lettre internationale*, 55, 2005, retomado después en la edición inglesa, que el autor ha considerado como definitiva.

CAPÍTULO I

Páginas de un antiguo Diario

24 agosto 1977

NACIÓ MI HIJO M EN EL BLOOMINGTON HOSPITAL a las 6.29 A. M. Pesaba 8 y ½ libras.

27 agosto 1977

Uca y el niño abandonan el hospital. Uca está feliz. M es un niño deseado, amado, casi divinizado por su madre, desde el primer momento. Será feliz.

4 junio 1978

La semana pasada, el día 27 de mayo, viajamos todos (mi madre estaba con nosotros) a Chicago para el bautizo de M en la iglesia ortodoxa rumana de Santa María. Actuaron como padrinos Cristinel y Mircea Eliade. Quedamos sólo un día en Chicago, el día 28, pero fue maravilloso. M nos hechizó (...) la belleza del recién nacido desnudo en la iglesia casi vacía, bañada en la luz de reflejos dorados filtrada por los vitrales. Con sólo aquel instante, aquella luz tan benigna...

11 junio 1979

En uno de mis largos paseos de por la tarde con M me detuve en The Glass Harmonica, la única tienda buena de discos de Bloomington y compré la *Sonata para violín y piano* de César Frank, interpretada por Heifetz y Rubinstein, y también su *Cuarteto para piano*.

14 junio 79

Observo en M una forma interesante de memoria, muy individualizada, manifestada entre otras cosas, por el gran número de nombres propios recordados, cuando todavía no había cumplido los dos años. Sabía el nombre de todos los vecinos y, claro está, el de todos los niños de nuestra calle que además reconocía en seguida desde lejos. El predominio de este tipo de percepción onomástica (¿era quizás un rasgo común a otros niños de menos de dos años de edad?) le predisponía a trasladar el mecanismo de los nombres propios a muchos otros sustantivos comunes. Se dirige a los pájaros, perros, gatos —animales que le resultaban más familiares— como si fueran personas. Al marcharse, les dirige señales de adiós con la mano, diciéndoles: «adiós, pajarito», «adiós, perrito», «adiós, gato» o «adiós, ardilla», al igual que al despedirse de la niña rubia, vivaracha, rebosante de energía de nuestros vecinos a la cual quiere mucho, «adiós, Anna», con una sonrisa de oreja a oreja. Aún más llamativa y divertida me parece su percepción, que también a él le divierte, de que el mismo animal o el mismo objeto, vistos desde otro ángulo, son otro animal u otro objeto, distintos. Así, cuando el gato negro de la señora Farmer camina perezosamente ante él, exclama, repetidas veces, «Mira, ¡otro gato!, ¡otro gato!». Esto me recuerda, de alguna manera, el cuento de *Funes, el memorioso* de Borges cuento que, interpretado bajo esta luz, me sugiere además un minucioso (con aquella lógica característica de Borges, tan rigurosa en su singularidad) análisis de la percepción infantil, cuya sensibilidad relacionada con la identidad llega al extremo de recibir cualquier cambio como si fuera un cambio de identidad y cualquier repetición, simplemente por su carácter adicional, como una auténtica novedad. Es cierto que en *Funes* este rasgo infantil, este casi platonismo de la percepción está asociado al fenómeno de la *hipermnesia* (de la cual, bajo otra forma, padecía y se beneficiaba a la vez el mismo Borges, por

su abrumadora memoria). Pero ¿no sería que este tipo de percepción «auroral» esté más conforme con la naturaleza esencial de las cosas? Visto así, el movimiento —los pasos perezosos del gato de la señora Farmer— producen asombro.

5 julio 1979

Largo paseo con M, de trato increíblemente dulce, y más aún si le compro un chupa-chups en la tienda Booknook, donde suelo adquirir *The New York Times* casi a diario. Después, vamos a la tienda de discos y no me resisto a la tentación de comprar un John Cage para piano *preparado*.

11 julio 1979

La calle East Eylie se ha convertido en un verdadero jardín de infancia, bullicioso y alegre. Los niños de esta calle, M, Anna, de la casa de al lado, Jesse Sanders, de la de enfrente (su familia acaba de volver de Oregón, tras un permiso sabático), atraen a otros niños del barrio, por ejemplo a Daniel, que vive en la esquina, en la calle de First Street. Para no oír su griterío y, a veces, sus lloriqueos interpongo entre mí y el mundo de fuera la mágica cortina sonora de un disco (estos días, los *Cuartetos* de Beethoven). Observando a M, que, dicen, se me parece un montón (yo sin embargo no estoy muy convencido, aunque mi cara regordeta de mis fotos a los dos-tres años, parece que sí, que tiene un aire afín al suyo), intento reconstituir migajas de mi primera infancia, de mi oscura prehistoria sin iluminar por algún recuerdo consciente. De lo dicho por mi madre y de la cara redonda de las viejas fotos, mudas como unos restos arqueológicos, deduzco que el insaciable apetito de M me había dominado también a mí, en aquella edad. Igual que él, tenía una inclinación hacia los dulces. (Cuando aparecía mi madre, gritaba en pos del chocolate «mami, e bueno», me relató ella más tarde.) Igual que mi hijo, sentía quizás la necesidad de incorporar todo lo que se podía incorporar.

M se lleva a la boca cualquier cosa a su alcance, hojas y piedras, pétalos de flores y tierra, briznas de hierba y trozos de metal oxidado...

27 julio 1979

En uno de los escasos momentos que se escapó de nuestra observación, el pobrecito M se cayó, hace tres días, desde arriba de las escalera, rodando hasta abajo, donde, asustado empezó a gritar y a llorar, con un llanto desgarrador y sin fin. Parecía cómo si nunca más se podría levantar del suelo. Le cogí en mis brazos, intentamos tranquilizarle, yo mismo invadido por el pánico. Pensamos que se había dado un golpe en la cabeza o bien que se había roto una pierna —médicos, radiografías, todo tipo de análisis. Pero, obviamente, fue algo mucho menos grave de lo que temíamos. Algunos chichones, una extensión de ligamento, un tobillo torcido. El hecho es que ya no podía caminar, volvió a andar a cuatro patas. Hoy, cuando Uca me recogió en el aeropuerto (Indianápolis) la encontré igual de preocupada que anteayer cuando me fui a Buffalo (para una conferencia-diálogo en torno al posmodernismo, con Ihab Hassan, invitados por Raymond Federman) e igual de preocupada que ayer por la noche cuando en el teléfono, su voz revelaba una gran tristeza. Volvimos con M al médico, después al departamento de radiografías del hospital. Felizmente, no le encontraron nada. Sólo que el pobre niño, al no poder dar rienda suelta a su energía, está algo nervioso. Es probable que esté bien en unos cuantos días...

12 agosto 1978

Con Uca y M (subido a mis espaldas unas dos horas, estaba cansado, dulce peso) nos fuimos al «gran círculo» de Brown County. Es uno de nuestros paseos favoritos, a través del bosque que rodea la ampliación algo cenagosa del lago Monroe, punto de parada de aves migratorias en sus largas travesías. Tras la lluvia de ayer, el aire que se

respira es extraordinario, mezcla de perfumes de flores y hojas podridas del año pasado. Tras unas dos semanas de cierto ensimismamiento M derrocha encanto, está preso de una alegría desbordante. Después de andar a cuatro patas se levantó cojeando con el recuerdo vivo de cómo se había caído rodando por las escaleras. Ahora, plenamente recuperado, florece en su «anarquismo» infantil. Que el término de «anarquismo» sea el adecuado, lo demuestra el conjunto de su actitud ante la «autoridad» (nosotros) y ante las fórmulas autoritarias. Ante nuestro cariño y nuestra comprensión, su «anarquismo» es alegre, risueño, simpático. Le divierte un montón oírnos decirle «No hagas esto», le parece tan cómico e inaudito a la vez, que se detiene en lo que iba haciendo (cualquier pequeña travesura), estalla en carcajadas y empieza a decirnos, a mí o a Uca: «¡No lo hagas más, papá!», «¡no lo hagas más, mamá!», hasta llegar a gritar cada vez más fuerte «¡No, no, no!» con una exuberancia que va ubicando la negación o la interdicción en la esfera del juego, un juego verbal de ecos y de ecos de los ecos, en un crescendo lúdico en el cual cualquier idea o intención de «autoridad» se pulveriza definitivamente. Así que, entre nosotros, decir «¡No hagas esto!» se convirtió en una broma privada, las palabras perdieron su sentido propio hasta llegar a tener el sentido de una invitación al juego. Cuando percibo que está aburrido, desocupado, sin saber qué hacer, pronuncio la fórmula mágica y él se alegra en el acto, devolviéndome las palabras y riendo a mandíbula suelta, presto a jugar. A su vez, si me ve pensativo (o, quizás, por simples ganas de jugar), empieza de repente a gritarme «¡No hagas eso, papá!». Espera, casi me lo está sugiriendo, que yo me alegre sin más y empiece a jugar con él.

19 agosto 1979

Me sorprende en M el desarrollo precoz de la función negativa del lenguaje en contraste con el desarrollo de la función afirmativa, mucho más tardío. El *No* precede al

Sí, problema casi filosófico. El *No* parece surgir de nuestros subterráneos y el *Sí* aparenta ser una concesión, una aceptación, un acto de sometimiento más o menos feliz. Si tuviera tiempo, me apetecería escribir un breve ensayo sobre el aspecto primordial del *No*... De cualquier manera, unos días antes de cumplir los dos años, M obviaba decir *Sí*. En lugar de *Sí*, y si le agrada lo que le propongo, prefiere contestarme mediante la repetición íntegra de mi pregunta, en registro afirmativo. Así, ante la pregunta «¿Quieres que vayamos a tu habitación para que te lea un cuento?», contesta «Quiero (o, a menudo, *quieres*) ir a mi habitación (a menudo, *tu habitación*) para que me leas (a menudo, *leerte*) un cuento». Sólo después, y no siempre, sigue un *Sí* que enfatiza la respuesta, a veces con alegría.

24 agosto 1979

M cumple dos años. Uca le ha comprado unos regalitos y una tarta. Los niños del barrio recibieron también, según la costumbre de aquí, sus chucherías típicas para una fiesta de cumpleaños infantil. Acudieron también los padres, hay mucha gente y runrún de conversaciones en el jardín. Al llegar el momento «solemne» y al encender yo las delgadas velas de aniversario clavadas en la tarta, M se tapa los oídos (señal de que está asustado) y, a punto de estallar en llanto, hace ademán de huir. Le retengo pero es imposible convencerle a apagar las velas. «¡No, no, no!». Los demás niños le animan a hacerlo, entonamos todos juntos tres veces «Cumpleaños feliz», él queda inmóvil ante las velas a las cuales, felizmente para él, las apaga una corriente de aire. Hacemos algunas fotos, pero el flash de la máquina le vuelve a asustar y empieza a llorar —fobia ante el fuego y la luz repentina y fuerte, reminiscencias probablemente del susto que había padecido durante las furiosas tempestades acompañadas de truenos y rayos de la semana pasada. (Quizás, el po-

brecito, por haber asociado la luz de las velas con el ruido ensordecedor de los truenos, se había tapado los oídos.) Tras este trance difícil, vuelve a ser él mismo: tierno, vigoroso y enérgico, comunicativo (habla bien, mezclando de vez en cuando el inglés con el rumano, consecuencia de los mimos habituales de su madre y de las dos abuelas, durante sus estancias en casa). La fiesta ha acabado hace tiempo, es casi de noche, pero tengo que interrumpir estos apuntes, ya que hace un momento irrumpió en mi estudio gritando «¡No hagas eso, papá!» y golpeaba al mismo tiempo con los puños mi máquina de escribir eléctrica, que además ni siquiera utilizaba, estaba escribiendo con el bolígrafo en este cuaderno. Tengo que detenerme, ponerla a salvo, hace solo dos semanas que la recogí del taller de reparaciones.

9 septiembre 1979

Yo y M dimos un paseo maravilloso por el Bryan Park, corrimos por la yerba recién cortada, en el aire de una pureza casi alpina, cargado del olor de heno recién segado, paramos ante el campo de juego vacío a pesar del buen tiempo, dimos vueltas en un carrusel. M cabalgó un caballo-cuna cuyos arcos oxidados chirriaban agudamente en el silencio que nos rodeaba interrumpido de vez en cuando por el ladrido feliz de algún perro soltado por su dueño para corretear libremente. Siempre recordaré el sonido de aquellos ladridos de perros felices: quizás sean las señales sonoras más fulgurantes de la felicidad. Sosiego inmenso, casi abrumador...

11 septiembre 1979

El problema lingüístico, problema afectivo, problema indecible del exilio. Con M hablo la mayoría de las veces en inglés (en cambio, Uca le habla más en rumano). Es doloroso el hecho de que muchas de las palabras y expresiones de aquel lenguaje emocional corriente utilizadas espontá-

neamente por un padre para comunicarse con su hijo de dos años, a mí, me falten. Y no sólo ellas, sino también las inflexiones, las tonalidades, su música. Me consuelo al leerle casi cada noche fragmentos del tomo grueso, ilustrado de *Mamá Oca. Rimas infantiles*. Noto que mi voz suena algo falsa pero, sorprendentemente, a M la lectura le produce alegría. Llegó incluso a memorizar algunas de las breves poesías medio absurdas, como *Humpty Dumpty*. ¿Quién es *Humpty Dumpty*? Le pregunto. Él lo sabe y me contesta riéndose: «¡Un huevo, un huevo que se cae y se rompe!»